

Sergio Arlandis, *El desafío de la lectura*, Valencia, Tirant Humanidades, 2021, 389 págs.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](#). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](#).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.14.2023.932-935>.

La enseñanza de la lectura se ha vuelto un desafío, y sobre ello, el presente volumen que reseñamos, del Dr. Sergio Arlandis, profesor universitario en la Universidad de Valencia, constituye un estudio de gran calado formulado con el mayor rigor y brillantez. Efectivamente, cada vez nos encontramos a más jóvenes que se alejan más y más de la lectura, obviando por completo la existencia de los libros una vez terminados sus estudios. Para los amantes de la literatura es un tema que angustia, viendo como las nuevas generaciones se muestran indiferentes ante una de las artes que nos ha acompañado en gran parte de nuestra historia.

Cierto es que el nuevo siglo en el que nos encontramos ha traído muchos cambios en lo que a tecnología se refiere, y la llegada de internet ha alterado la normalidad a la que se estaba acostumbrado, provocando una nueva revolución. Esto ha hecho que las lecturas a las que estábamos acostumbrados den paso a un mundo digitalizado dominado por las redes sociales y los blogs, donde recibimos un bombardeo de información que, irónicamente, nunca ha sido tan poco fiable. Los textos leídos cada vez tienen menos contenido, donde lo que realmente importa no es tanto la profundidad de sus palabras como el número de *likes* que se consigan, así se explica en el capítulo 5.8, de este excelente estudio reseñado. El nuevo mundo se nos presenta con una rapidez a la que no estamos acostumbrados, con información que nos llega de forma inmediata de fuentes tales como la televisión o la publicidad, creando un nuevo tipo de lector, el digital, el cual, en comparación al tradicional, es mucho más rápido en cuanto a su lectura (también capítulo 5.8). Esto, tal y cómo se muestra en el punto 2.7, algunos lo podrían ver como la llegada del apocalipsis de la lectura, en cuanto a que la que conocíamos se está perdiendo, dando paso a una nueva era en la que la literatura se debe de adaptar. Pero ¿el hecho de adaptarse implica la desaparición de la literatura propiamente dicha? La realidad es casi más dura que esto. El futuro de la literatura ya estaba tomando un rumbo precario desde épocas anteriores, sin estar “mancillada” por las nuevas tecnologías. Y aquello que la estaba asfixiando no era otra cosa que lo que la intentaba rescatar: la educación literaria.

Siguiendo las líneas trazadas en *El desafío de la lectura*, para ello debemos remontarnos a los estudios primarios y secundarios. Si preguntamos a los estudiantes de estos cursos sobre qué han aprendido en cuanto a literatura se refiere, las respuestas rondarán entre conocer las características de ciertos autores de diferentes épocas, junto con varias de las obras más importantes. Muchos de ellos incluso podrán decir que han leído algunas de estas obras. Pero ¿han aprendido algo realmente de literatura? La respuesta que más se repite es el “no”. ¿Entonces no son portadores de un adecuado conocimiento sobre literatura? Efectivamente así es, sin embargo, nada más lejos del objetivo al que debería optar la enseñanza literaria. Ya explica el autor en los capítulos 3 y 4 que el sistema educativo actual nos convierte en enciclopedias portadoras de un gran número de datos. Conocemos perfectamente las características de cada época literaria, las etapas de cada autor, lo que vivió, sus obras más emblemáticas e, incluso, el contenido de cada una de ellas. Sin embargo, el conocimiento que poseemos no podría ser más pobre. Recabamos toda la información sin ser conscientes realmente del contenido de las obras, ya que, en el mejor de los casos, solo se han leído, sin entender realmente el contenido. He aquí donde recae la mayor falta de la enseñanza literaria. De nada sirve conocer tantos datos si el alumno no sabe realmente interpretar una obra por sí mismo. El hecho de que conozca lo que quería transmitir el autor con una de sus obras no hace que seamos capaces de extraer dicho contenido por nosotros mismos, ya que solo conocemos dicha información porque aparece en el libro de texto, en la página donde se habla sobre la obra de ese autor. Así crean a lectores que mucho distan de serlo, ya que un lector no se puede formar sin la lectura propiamente dicha. Algo que parece tan obvio que no debería hacer falta aclararlo.

Otro elemento tratado en el volumen, que aleja a los jóvenes de la lectura, es la constante presión de los clásicos. Es cierto que la lectura de ellos hace que se forme mejor a un lector, pero en el momento en que se hace de ellos un elemento “sagrado” se consigue todo lo contrario, tal y como se desarrolla en el punto 7.5. La lectura obligatoria de estos con su posterior análisis es algo que asusta a los alumnos, ya que pocos de ellos, o más bien prácticamente ninguno, es capaz de abarcar toda la significación que pretenden que se extraiga del texto. Esto ocurre porque se hace tanto hincapié en la memorización de los contenidos que se olvida que la mejor forma de afianzarlos es mediante la lectura del propio texto. Pero no con una lectura precipitada, sino con un análisis participativo. En el capítulo 6.2.1 se habla del hecho de que el profesor sea visto como alguien que juzgará si el análisis realizado por el alumno es fiel a lo que dice el libro de texto, y ello logra que

la lectura sea vista con miedo. Aparece el temor a no cumplir las expectativas de lo que se pide de un análisis de un clásico. Y es aquí donde recae el error, se subraya en el volumen, ya que no olvidemos que en ningún momento se ha dejado de hablar de alumnos de Primaria y Secundaria, y principalmente se refiere a los del primer tipo. Por ello, tal y como vemos en el apartado 5.2, son personas que pocos años de vida han tenido y, por tanto, pocos conocimientos a su vez han tenido tiempo de afianzar. Es decir, no son discentes que estén capacitados para el análisis exhaustivo de una lectura de gran contenido.

Esto nos deriva al gran problema de la enseñanza literaria, que brillantemente va argumentando el Dr. Arlandis: se pretende que unos niños de Primaria sean capaces de una extracción de contenidos sin haber tenido experiencia previa en la lectura, debido a su corta edad. El planteamiento de un cambio en el sistema educativo no es un acto caprichoso y lo que se propone es algo que aparentemente es evidente, pero que no se plantea como método de enseñanza, es decir, el desarrollo de unas competencias lectoras básicas como educación literaria.

De nada sirve ser un contenedor de información si no se es capaz de analizar por uno mismo un texto. Es aquí donde se plantea que la solución debe recaer en formar una base de comprensión lectora antes de pasar al análisis exhaustivo de obras de mayor complejidad. ¿Y esto cómo se consigue? Pues leyendo. El capítulo 5 es el encargado de mostrarnos cómo el alumno, para convertirse en lector, necesita comprender las lecturas que realice para que, tras ese aprendizaje, pueda desarrollar su competencia lectora. Con esto se quiere decir que el afianzamiento de los contenidos de las obras no se realiza de otra forma que realizando la propia lectura de muchas de ellas o de un número menor, pero de mayor calidad. Solo así se podrán formar las bases de la competencia lectora. De este modo, por uno mismo, el alumno conseguirá extraer dichos contenidos para que, en sus próximas lecturas, sea capaz de relacionar la obra con conocimientos anteriores, logrando cada vez más unas competencias mayores. Esto también permitirá que el alumno consiga hacer una síntesis entre lo que el autor buscaba transmitir y las ideas añadidas que el propio lector suma de su propia realidad y de su perspectiva. De nada sirve, pues, memorizar aquellos contenidos que pretendía transmitir el autor, ya que su finalidad no era la que de que existiera una sola interpretación, sino una pluralidad, persiguiendo que el lector haga una interpretación desde su punto de vista, siempre y cuando no reduzca su significación a él mismo y se olvide de la del texto.

Sin embargo, así como se estudia en el apartado 7.6, muy difícil es lograr que de los alumnos se hagan unos lectores competentes si los propios

profesores no son lectores. Antes, el punto 2.2 se ha centrado en explicar cómo un profesor que no motiva a sus alumnos en su aprendizaje de la lectura convoca un viaje hacia ninguna parte. Y es aquí donde se dificulta más el poner en marcha la idea de un cambio en la educación literaria, ya que la modificación, por mucho que se realice, debe ser llevada a cabo por los propios docentes. Y si nos encontramos con un profesorado desmotivado en cuanto a esta tarea de lectura, no conseguirá otra cosa que transmitir esa desmotivación a sus alumnos. Como dijo Teixidó, citado: “Un maestro que no lee solo puede comunicar su propio vacío”.

Nos situamos en un momento crítico para la historia de la literatura, en medio de un cambio a una nueva era tecnológica que se aleja de la literatura propiamente dicha. Los planes de estudio de educación literaria flojean en muchos aspectos, alejando a los alumnos de la literatura, y haciendo, como muestra el autor en el 2.5, que se formen lectores vacacionales (aquellos que leen por disfrute) y lectores responsabilizados (por obligación escolar), pero olvidándonos de que el verdadero lector debe encontrarse situado entre ambos, logrando ser alguien capaz de disfrutar de una lectura a la vez que extrae todo su contenido y lo analiza. Nos alejamos así de la verdadera esencia literaria, siguiendo las claves del libro reseñado, y formando lectores que distan mucho de serlo realmente. Con ello adviene que algo de lo que en modo alguno deberíamos sentirnos orgullosos, a saber, que la literatura sea vista como un enemigo al que hay que hacerle frente, en lugar de verla como una amistad que desarrollará nuestra capacidad de pensar por nosotros mismos. En el momento en el que la literatura es vista como algo que memorizar y algo que nos aleja del pensamiento crítico, nos volvemos seres sin capacidad para razonar, perdiendo aquello que nos caracteriza como seres humanos. La lectura se está perdiendo a la par que va surgiendo cada vez una mayor cantidad de textos. Esta ironía de la vida es algo que se carga de una gran tristeza, ya que el hecho de encontrarnos en una época con el mayor índice de lectura (apartado 5.8), acompañado de una menor cantidad de lectores, solo puede predecir el olvido de la literatura; si bien el devenir colectivo, y también el individual, no deja de alojar una parte esencial de su existencia en la necesidad expresiva de construir y recibir la voz literaria como fundamento de su propia supervivencia cultural.

MARÍA JOSÉ FERNÁNDEZ HERMOSO
Universidad de Málaga (España)
mariajosefdez168@gmail.com